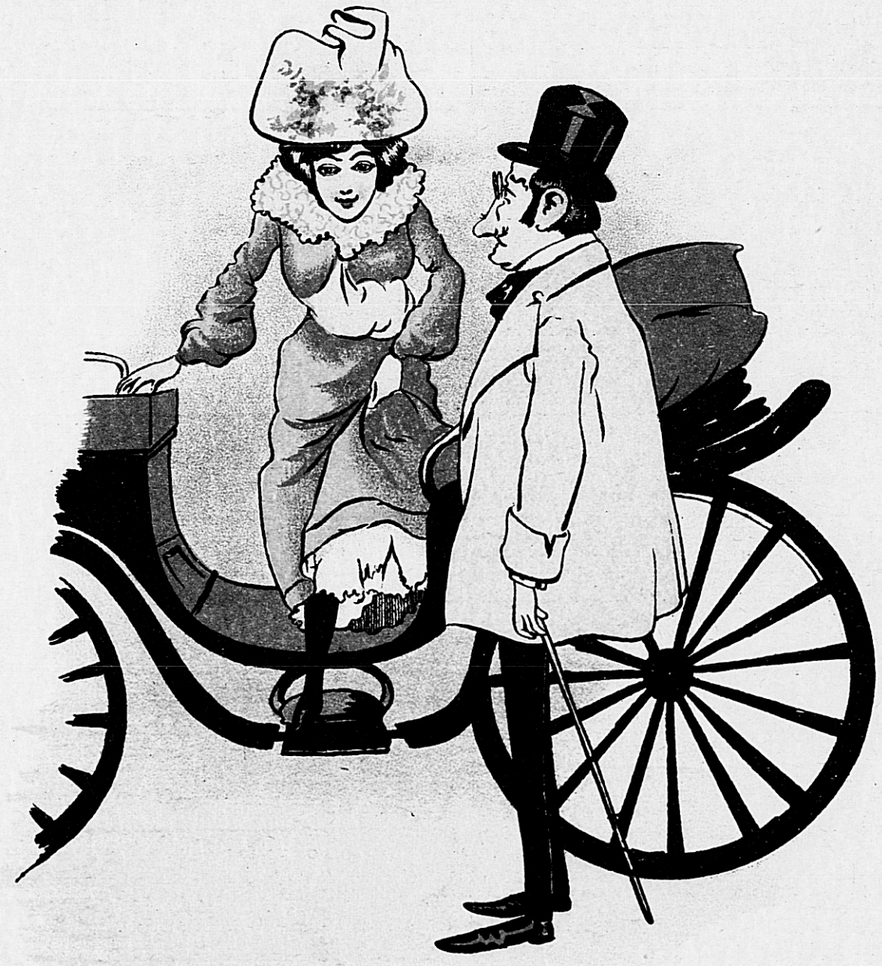


Ella elije la carretela, cansada de ir casi siempre en berlina.



# LA SAETA

691

6 OCT. 197

HEMEROTECA NACIONAL



ZOROASTRO

# MISCELÁNEA

## KIOSCO LA SAETA NÚM. 3

RAMBLA DEL CENTRO

**La señora propietaria del mismo, además de LA SAETA, tiene á su cargo la corresponsalía de los siguientes periódicos de Madrid:**

*Heraldo, Heraldo Taurino, El Tío Findama, La Caza Ilustrada,* y *Correo de Valencia, Heraldo de La Rioja, Heraldo de Aragón* y *Madriles.*

**En este kiosco recibirán los señores compradores un cupón por cada cinco céntimos de gasto, con opción á diferentes regalos de libros.**

Un hombre de mucha panza llegó á la puerta de un mesón.

—Ese hombre,—dijo un burlón,—en vez de llevar las alforjas por detrás, las lleva por delante.

El viajero contestó en el acto:

—Así hay que hacer en tierra de ladrones.

—Hola, señor Fernández, le felicito á usted cordialmente. ¿Conque su hijo de usted se ha casado con un buen partido?...

—¡Cómo bueno... espléndido! La joven más rica de la ciudad, cien mil duros de dote... y además, guapa, bien educada, muy artista, un verdadero tesoro. ¡Mi hijo estaba tan enamorado de ella, que creo que se hubiera casado aunque no hubiera tenido más que noventa mil duros!

El vizconde, de X..., prometido esposo de una bella señorita, paseaba con ella por el jardín el día antes de la boda.

El vizconde, que no fumaba, pidió un cigarro al jardinero y lo encendió.

—¡Cómo!—dijo su prometida—Yo creí que usted no umaba.

No fumo más que cuando estoy aburrido.

Última recomendación de un sargento antes de entrar en batalla:

—Muchachos, sobre todo, no dar á entender al enemigo que no tenéis ya cartuchos. Aunque se os acaben, seguid disparando.

Después de haber realizado una fortuna en frutos coloniales, don Tiburcio y su mujer resolvieron celebrar reuniones semanales.

A las pocas semanas, exclama la esposa:

—Hemos gastado ya un dineral; esto no puede seguir así.

—Tienes razón,—contesta el marido—¡Parece mentira que á eso se llame recibir!

### Charada

Hoy no tengo *cuarta dos*
para hacer esta charada,
es decir, que estoy más duro
que una *tres prima* de Malta.
Lo atribuyo á que me han dicho
que á *tres dos* iré mañana,
y sin duda la alegría
á mis sentidos embarga.
Querido lector, te invito,
te ofrezco de buena gana...
dormir hoy en *prima dos,*
mañana en el *todo,* y gracias...

MORENO

### Jeroglífico comprimido

D . D . ato d. b D .d VI

JOSÉ PEÑAFLOR

### Fuga de vocales

N . . fr . g . d . m . s p . s . . n . s,
d . m . v . l . nt . d m . . lv . d . :
d . nd . m . d . j . s m . q . . d .
. m . rc . d d . t . c . r . ñ .

JOSÉ OLIVA

### Criptografía

Ma . . . qué . . ni . . . son
las . . . res . . . ce . . . te . . ;
pa . . ce . . . es . . . for . . das
de . lu . . . nes . . . que . . mu . . to

Substituir los puntos por sílabas, de modo que pueda leerse un cantar popular.

H. DEL LUQUE

### Soluciones á lo insertado en el núm. 690

CHARADA.—Camisa.

JEROGLÍFICO COMPRIMIDO.—De quinientos á mil, quinientos.

LOGOGRIFO NUMÉRICO.—Florencia.

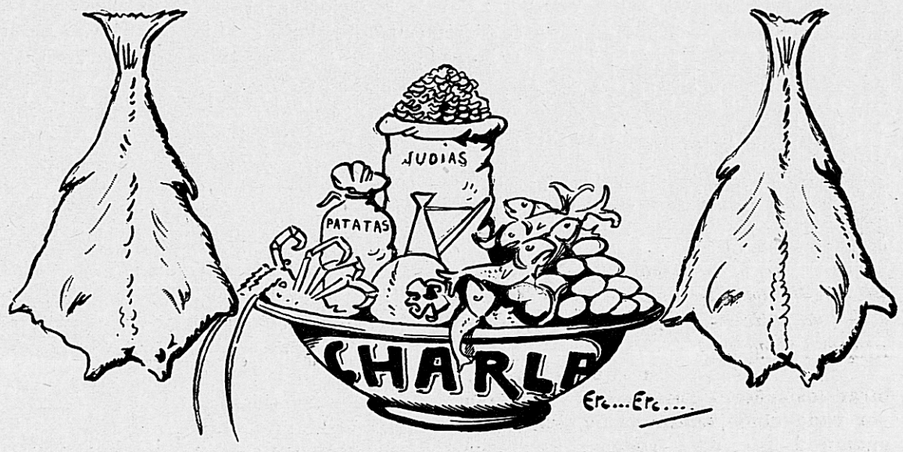
ROMBO:

R
M A R
R A M O N
R O N
N

REFRÁN FUGA.—No hay quinto malo.



AÑO XV BARCELONA 18 DE FEBRERO DE 1904 NÚM. 691




HEMOS entrado ¡ay! en la Cuaresma.

Ya los estómagos delicados no tienen una hora segura.

Las escandalosas judías rompen los sacos donde están recluídas y se precipitan como en país conquistado, llenando las vasijas de todas las casas y preparándose para darnos tormento.

Hoy son las judías dueñas y señoras de la situación, acompañadas de la horrible espinaca, que viene á ser el jefe de este desastroso gobierno.

¿Que se puede uno escapar del potaje de cuaresma?

¡Imposible! Sino un día otro se lo largan y no hay más remedio que apechugar con él.

Dicen por ahí que la verdura en este tiempo evita males mayores, por creerse que las carnes y demás alimentos fuertes perjudican á los estómagos.

Yo no creo nada de esto; pero como las costumbres hacen leyes, me entrego en cuerpo y alma á la costumbre y tomo lo que me sirven, aunque protestando las más de las veces.

Así le ocurre á un pobre señor amigo mío que tiene un molino de chocolate en las afueras de Barcelona.

Don Eleuterio, que así se llama, es hombre de mucho comer, dicho sea sin ánimo de ofenderle; no le gusta el vino; y cosa rara, noches pasadas atrapó la gran borrachera. ¡Pásmense ustedes! Apurando una fuente de judías aliñadas.

A falta del suculento filete de ternera, no tuvo otro remedio que engullirse un kilo de judías para acallar las voces de su desordenado estómago.

La fuente de judías desapareció en un momento, y el buen chocolatero, naneando y haciendo piernas por el excesivo peso del vientre, se dirigió á la cama dando vivas á la república y haciendo todo género de estravagancias.

Los vapores de las judías se le habían subido á la cabeza.

¡Pobre señor!

Todos los síntomas eran los de una *papalina* en toda regla.

Primero notó que la habitación comenzaba á dar vueltas... luego le pareció que se desgarraba el techo de la alcoba, y por último se quedó aletargado, dando unos ronquidos terribles.

Don Eleuterio fué presa de una espantosa pesadilla.

Comenzó á soñar que su cuerpo se le había convertido en un globo aerostático, que se inflaba poco á poco y se elevaba insensiblemente.

Las vigas del techo le dejaron libre el paso y allá fué el chocolatero dando volteretas por el espacio azul...

La ascensión fué *altamente* deliciosa.

Se vió cerca de la luna, se chamuscó las cejas con el fuego del sol, les pisó el rabo á tres ó cuatro estrellas y tomando *todo derecho* por el *camino de Santiago,* se encontró de manos á boca con la Osa mayor, llevándose el susto consiguiente; porque don Eleuterio no había visto en su vida una osa de aquella magnitud.



Parece que el animal le atizó una zarpada como para despedirle y el aerostato dió principio á su descenso.

Don Eleuterio traspasó nubes preñadas de relámpagos, truenos y pedriscos. ¡Horrible espectáculo! Pero más horrible fué cuando bajo sus plantas observó el airado oleaje del mar.

—¡Estoy perdido!—murmuró el infeliz industrial, con desesperación.

Y á todo esto, seguía descendiendo cada vez con más prisa.

Ya llegaba hasta sus narices, en extremo dilatadas, el olor á salmonete vivo, lo que le indicaba la proximidad del mar turbulento.

No había más remedio que conformarse y morir por Dios, encontrando la sepultura en la barriga de algún pez gordo, ó á la sombra de un árbol de coral.

Los asustados ojos del infeliz viajero, miraron en distintas direcciones buscando un bóreo, ú otra cosa cualquiera donde agarrarse.

En tan crítica situación, recordó don Eleuterio, lo que había leído en las *Cinco semanas en globo,* de Julio Verne, y en un arranque de heroísmo, exclamó:

—¡Fuera lastre!

El aerostato se mantuvo algunos instantes sin descender.

—¡Fuera lastre!—siguió gritando don Eleuterio.

Pero después de haber arrojado al espacio cuanto tenía, siguió el descenso con más rapidez que antes. Y el desdichado chocolatero cayó sobre las olas.



—¡Socorro... que me ahogo, que me ahogo!—gritaba dando fucrtes manotazos como si quisiera nadar.

Y tan fuerte gritaba, que las voces llegaron al cuarto de la criada, la cual llegó á la alcoba del *náufrago,* asomó las narices y las volvió á retirar con presteza.

—¡Que me ahogo!—chilló de nuevo don Eleuterio.

—Pues ahógate tú solo... por tragón, —murmuró la criada.

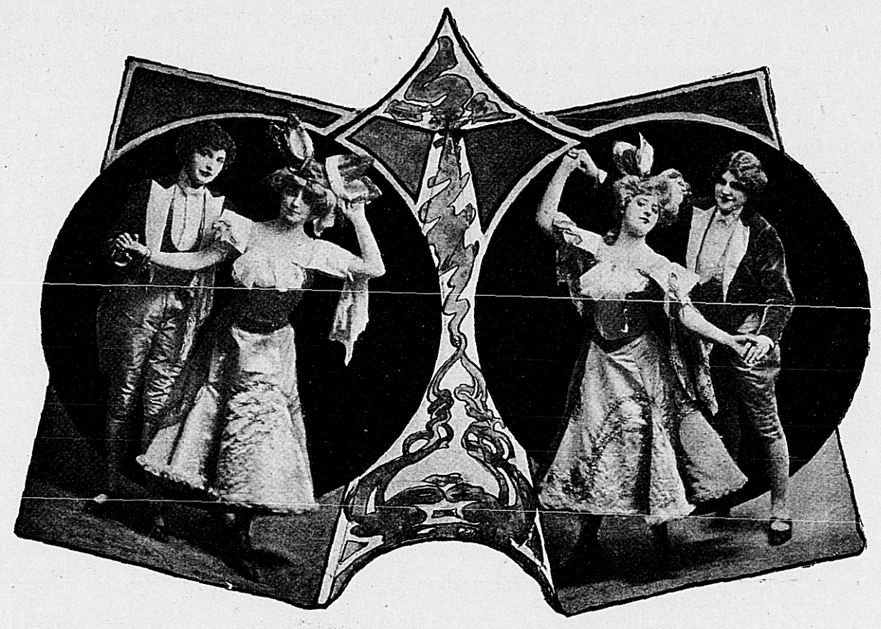
Y se alejó pensando en la faena que le había caído para el día siguiente.

Es la primera vez que las judías han proporcionado una borrachera con todas sus agravantes.

Lleven ustedes cuidado.

JOAQUÍN ARQUES





# El enigma

FACUNDO Carrascalejo, casado con una muchacha de relativa hermosura, honesta, dechado de virtud y recogimiento, temerosa de Dios y fiel cumplidora de los deberes conyugales, al parecer, no tenía motivo alguno de queja contra su esposa, en quien adoraba.

Siempre que los amigos suscitaban discusión sobre los inconvenientes y ventajas del matrimonio, Facundo, invariablemente decía:

—Yo soy feliz; mi mujer es un modelo de mujeres; nunca hemos sostenido la reyerta más insignificante; no le gustan las diversiones de ninguna clase, ni es amiga de visiteos; no va más que á la iglesia y de la iglesia á casa; me cuida con esmero y vivo con ella como el pez en el agua.

Así pensaba Facundo, convencido de que no había hombre más afortunado en el planeta, ni mujer como la suya.

En efecto: Gabriela, tomando el hogar por un convento, hacía vida de monja; no hablaba en todo el día más que con su marido y su criada Margarita.

En el pueblo era considerada poco menos que como un ángel y cuando los maridos reprendían por cualquier motivo á sus mujeres, decíanles:

—No te pareces á Gabriela; esa sí que es una esposa como no hay otra en el mundo; limpia como el oro, trabajadora, formal y enemiga de diversiones... ¡Qué suerte tienen algunos hombres!... Bien puede asegurar don Facundo, que le tocó el premio gordo casándose con esa mujer.

No faltaban envidiosas parlanchinas que á tales argumentos replicasen:

—Fíate del agua mansa; si una pudiera decir todo lo que piensa... Yo, en tu pellejo, tendría más lástima que envidia de su pobre marido...

Esa réplica solía provocar diálogos semejantes:

—Calla, lengua de víbora ¿ni la virtud se libra de tus mordiscos?...

—Ya, ya... ¡Buena virtud nos dé Dios!

—Lo que pasa es, que os coméis de rabia todas, porque ella es un ángel y vosotras unos demonios que no tenéis ni pizca de vergüenza...

—Bien empleado le está á don Facundo, por casarse con una mujer que no le quería... ¡que le desprecia!

—Eso son cuentos de comadres, nada más.

—Sí ¿eh? ¿Pues, por qué al darle su mano, le hizo prometer que nunca la tocaría, sin que ella o consintiera?... Y todavía no lo habrá consentido, cuando no hay fruto de bendición al cabo de dos años, ni asomos de que lo haya.

—¿Pero tú crees eso? ¡Como que ningún hombre, por loco que estuviere, iba á prometer semejante barbaridad!... Entonces ¿para qué se han casado?

—Don Facundo, por el interés, y ella... por dar gusto á sus padres. ¡Si eso lo sabe todo el pueblo!

—Y yo también sé que no hay matrimonio mejor avenido en el mundo.

—Claro: hace cada cual lo que le da la gana y así, en apariencia, son felices; pero por dentro andará la procesión.

—¡Calumnias y habladurías! Hemos acabado y no vuelvas á tomar en lengua ese matrimonio.

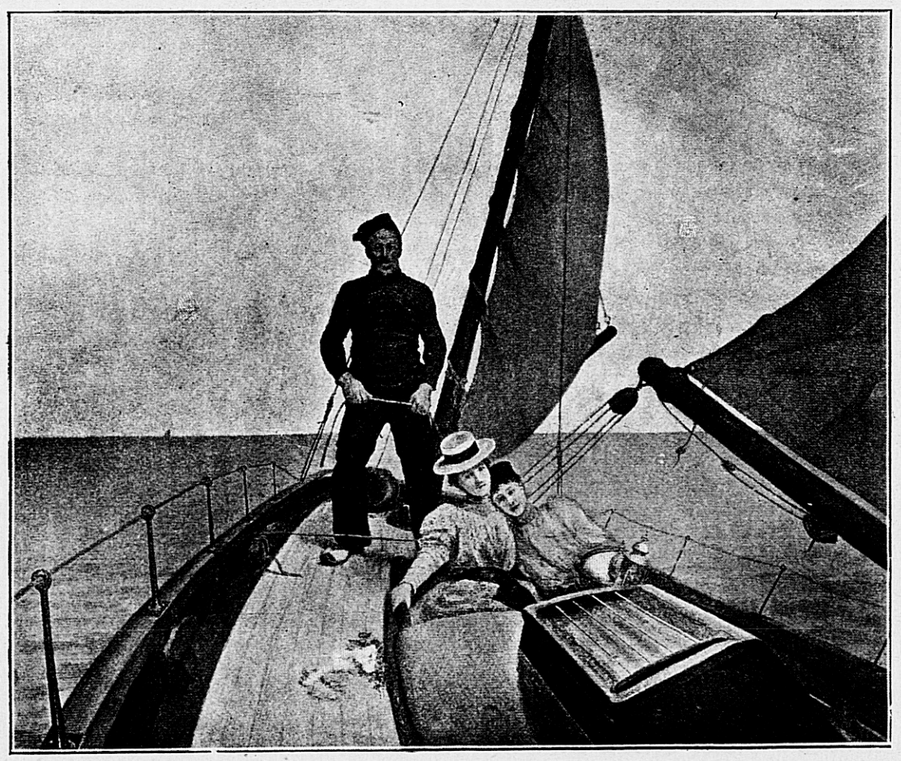
—No me des tú en cara con la virtud de esa gazmoña, y descuida, que no me acordaré para nada de su nombre.

—Si es verdad que Gabriela exigió tal promesa de su marido, porque no le quería y se casaba con él á la fuerza, no veo motivo en ello para dudar de su honradez...

—Dice el refrán que detrás de la cruz está el diablo...

—¡Ea! ¡No quiero escuchar más desatinos!...

Hombres y mujeres andaban á la greña, disputando sobre los supuestos vicios y virtudes de



Calma



Gabriela, quien sin preocuparse por *el qué dirán*, no varió su método de vida, tal vez creyendo que su conducta edificante la ponía á salvo de la maledicencia.

Sin embargo, transcurrido algún tiempo, cuando incidentalmente se suscitaba entre los amigos controversia sobre el matrimonio, Facundo no proclamaba, con el calor de otras veces, las virtudes de su esposa.

Quizás las hablillas que por el pueblo circulaban llegasen á sus oídos; tal vez observara en su esposa algo que le infundiera sospechas... ¿Quién sabe?

Lo cierto es que Facundo comenzó á escamarse. Los celos se apoderaron de su alma y desde entonces sólo pensó en descubrir delitos para castigarlos.

El carácter de nuestro héroe cambió por completo.

El hombre que antes se mostraba cariñoso, locuaz, alegre, expansivo y despreocupado, tornóse huraño, taciturno, tristón, pensativo y mal contento.



Las de arriba, de noche
cerca de mi lecho velan;
y las de abajo, el almuerzo
á la cama me lo llevan.

La paz huyó de aquel hogar, que fué modelo un día.

Prohibió Facundo á su mujer que frecuentase la iglesia y que saliera de casa sin ir acompañada por él.

Ni aun de la *doméstica*, chica guapa, morenota, varonil, alegre y pizpireta quería fiarse y algunas veces trató de despedirla: pero su esposa no lo consintió, defendiéndola con tenacidad inquebrantable, porque Margarita, sobre ser de su misma edad, se había criado en casa de los padres de Gabriela y ambas se querían entrañablemente.

—En cuanto Margarita salga de aquí, me voy con mis padres y no me ves más el pelo... ¡Estoy harta de soportar tus impertinencias!—había dicho Gabriela, y Facundo cedió temiendo al escándalo.

Declarada la guerra en esa forma, el desdichado marido sólo pensaba en hallar las pruebas de su infortunio, para dar su merecido á los culpables.

—No sé quién puede robarme su cariño. En mi casa no entra ningún hombre, en la iglesia no

admite mi mujer más conversación que la de Margarita; ahora yo apenas falto de aquí, ni la dejo sola mucho tiempo; las diligencias practicadas por *mí para sorprenderla en un renuncio*, no han dado juego... Todo parece desmentir mis sospechas y sin embargo... ¡creo que me engaña! Luego, las voces, que corren *por el pueblo*... Sí; *Gabriela* me hace traición, pero... ¿cómo? ¿con quién?... He ahí la clave del enigma... y no doy con ella...

En esas y otras cavilaciones, se abismaba Facundo, hasta que la casualidad hízole conocer la magnitud de su desventura.

Cierta noche, regresó á su domicilio más temprano que de costumbre.

Abrió con precaución, *para no ser sentido*; deslizóse cautelosamente en el interior de la casa; vió cerrado el dormitorio



Merinda, la romántica,
y Rosa, la coqueta,



al más listo le sacan..
la primera peseta.

y observando que dentro había luz, aplicó el ojo á la cerradura.

El cuadro que se ofreció á sus miradas no debía ser muy agradable, pues Facundo, indignado, abandonó el puesto y se alejó murmurando con creciente agitación:

—Gabriela y Margarita... ¡infames!... ¡Miren la mística! ¡Por eso la defendía á capa y espada!... ¡Después de esto, ya... *ni en la paz de los sepulcros creo*... ni de mi mismo me fío.

Y aquella noche, desapareció del pueblo para siempre...

LUIS FALCATO

## Coplas

Llanto que el dolor produce,
si no brota de los ojos,
cae sobre el corazón
como una lluvia de plomo.

Te digo que vales mucho,
pero vales tanto, tanto,
que por mucho que te diga
no podré decirte cuánto.

De su amante tienen otros
en su bolsillo un retrato,
mas yo tengo tu recuerdo
en mi corazón grabado.

ABELARDO DELGADO





# El antojo

AMALIA y Jacinto eran, sin duda alguna, los más felices esposos que podéis imaginaros. Hacía ya muy cerca de un año que se *habían unido por virtud y gracia* del indisoluble lazo matrimonial y bien pronto lo estarían por el de la familia, por cuanto que Amalia había entrado ya en el último mes de cierto doloroso estado.

Ambos esposos vivían sólo en compañía de Anita, una joven doméstica de muy buenas... condiciones y que gustaba de agradar á los esposos del mejor modo posible.

Desde el, para los esposos, feliz día en que se unieron, no habían tenido, como suele ocurrir en la mayor parte de los matrimonios, el menor disgustillo, fuera de ligeras discusiones sobre el sexo del fruto de su unión, fruto que empezaba á madurar y en cuyas ligeras discusiones solía tomar parte Anita. Amalia deseaba que el sér en ciernes fuese un niño, pero un niño de grandes ojos y cabellos *rubios y brillantes como los rayos del sol*. Jacinto no quería un niño, los odiaba, deseaba una niña de cabellos negros, negros como lo negro y largos, muy largos; Anita limitábase á decir, que fuera varón ó hembra era lo mismo, *con tal que no le afeara* el rostro ninguno de esos antojos que suelen ocurrírsele, y no lograr, á las mujeres que se encuentran en el *estado* que Amalia se hallaba.

Como queda dicho al principio, había Amalia entrado ya en el *último mes*, cuando decidieron los felices esposos dar un paseo por el campo, y sucedió que al pasar por la puerta de la casa de un pobre labrador, en cuya puerta se hallaba una anciana echando de comer á varias pollas y á un hermoso gallo, vínosele á antojar á Amalia una de las pollitas que, por sus plumas doradas y una moña de doradas plumas también que sobre la cabeza tenía, sobresalía de las demás. Contó Amalia su antojo á Jacinto y no bien húbolo éste sabido, se dirigió á la anciana y preguntóle si quería vender aquella *tan linda ave*, que á su mujer, que se hallaba en *estado interesante*, habíasele antojado; á lo cual contestó la anciana no poderla vender, causa de habérsele antojado ya á una hija que tenía en el mismo *estado*, pero que *si quería otra de las que por allí* andaban, que no tenía inconveniente alguno en vendérsela.

—No,—respondió Amalia,—las demás son muy feas.

Y se alejaron, después de despedirse de la anciana, disgustados por lo ocurrido.

No bien llegados á casa, corrió Jacinto á preguntar á Anita si era verdad todo eso que ella decía de los antojos, porque á Amalia se le había antojado una polla aquella misma tarde.

—Mire usted, señorito, á mi madre se le antojaron moras en tiempo que no las había y cuando *yo nací, nací con una mora en*...

Aquí calló Anita bajando los ojos, y Jacinto apresuróse á preguntar:

—Adónde, acaba pronto, *enséñame esa mora*.

—¡Señorito!...



Un soldadito italiano
de *dolce* lengua: es Toscano

—Que la enseñes vuelvo á repetirte, quiero convencerme.

Y Anita, con mano trémula, dejó ver una blanca y bien torneada pantorrilla sobre la cual resaltaba como sobre la nieve una manchita roja.

Desde aquel día, Jacinto dejó de dudar de los antojos.

Llegó, por fin, el tan deseado día del alumbramiento, dando Amalia á luz un hermoso niño. Jacinto, que como sabemos, deseaba y esperaba una niña, al enterarse del género del recién nacido, exclamó hiriendo el suelo con el pie:

—¡Maldito antojo! Al fin salió con él.

FRANCISCO MACIÁ

(DE LA VIDA)

# El Amor

EN LA NOVELA

Sí; la marquesa estaba enamorada toda ella. Sus ojos grandes como huevos al plato de gallina, reflejaban en sus pupilas de záfiro la hermosa poesía del cielo de la noche. Su nariz perfilada y tajante dejaba tímidamente oscilar sus fosas, enterrando en celos el final de suspiros entrecortados.

Sus delgados y grandes labios entreabiertos á medias, su cuello largo y blanco, muy blanco, como el del cisne ensimismado en...

. . . . . .

ENTRE BASTIDORES

—¡Ay Purita de mi cuerpo! Tu armazón es delicioso. Tienes muy buenas formas.

—¡Siempre fuí bien educadita!

—Me gustas muchísimo.

—Cómpreme usted dulces.

—Eso después de cenar. ¿Quieres cenar conmigo?

—No sé si podré, pues al final ensayaremos *La virgen de casa*.

—¿Quién es la protagonista?

—Mi personilla.

—¿Tú?

—En el teatro todo es convencional, señor vizconde...

. . . . . .

EN ESCENA

ÉL. Ámame, porque te anhelo
con todas mis fatiguitas.
¿Quién suspira cuando lloras?
¿Quién embelesao, te mira?
¿Quién, que no sea este cura
por tu cariño se pirra
y te contempla gozoso
ofreciéndote la vida
con los nervios y la sangre
de toda su personilla?
¿A quién quiero hacer feliz?
¿A quién sino á ti, María?
Quiero oírselo á tu boca,
quiero que tú me lo digas
pa roerme las entrañas
si me desprecias, chiquílla,
ó bendecirte mil veces...
Dime, reina. ¿Quién te mira?

ELLA. *(Por lo bajo.)*
El *gachó* de toas las noches
me enfoca las pantorrillas.

. . . . . .

A LA PUERTA DEL CUARTEL

—Ascuche usté, preciosa... ¡Vista á la derecha!

—Quítate de ahí asadura, que pareces mismamente una carcomanía...

—Daría yo, mi arma, cualisquiera coza, porque tocaran ahora mesmo á botasillas con osté, bella Otero...

. . . . . .

EN LA CALLE

—Vamos, que la vengo á usted siguiendo hace media hora y como si se hubiera retirado Nozaleda de la vida pública.

—¡Vida pública!... So insolente... Sinvergüenza!... ¡Tenga usted más educación!

. . . . . .

—Oleyá las hembras con cosas. Una *mujé asín* debe expeler agua de Colonia. Vamos, que con usted me daría yo la vuelta al mundo sin portfolio...

. . . . . .

—¡Gachó, qué gachí! Oye, cariño ¿quiés que te ponga un piso alfombrao?

—Era mejor linoleum.

—¿Y eso porqué, rica?

—Pa que no se manchara con sus babas de usted, príncipe...

. . . . . .

EN LOS BAILES

—De este rigodón me acordaré toda la vida, Angelines encantadora.

—Yo también... por ser el primero que bailo de largo.

. . . . . .

—¡Sería yo tan feliz!

—No puede ser querido.

—¡La iba á querer más que él!

—¡Imposible!

—Vamos... Si es una concesión insignificante... Acceda usted.

—Nos podían ver.

—Seré su esclavo. ¿Cuándo empezaré á ser dichoso?

—Bien; sepa usted esperar.

—Gracias, pedacito de gloria.

. . . . . .

—¿Te casas por fin con él?

—Es una imposición, pero no temas, que tú seguirás siendo mi *habilitado*...

. . . . . .

—Vamos, nena, que si usted fuese una botella de gaseosa, acertaría yo la marca enseguidita.

—¿Por qué? ¿Qué marca?

—*La Deliciosa*, vida, *La Deliciosa*.

E. PELÁEZ MASPONS





Las bellas hermanitas Amerinas,
servidoras de usted y... bailarinas.




—Si no he llegado á tiempo, me retiro.
—Me estoy acabando de desnudar.
—Entonces, me quedo. Creí que se vestía.



# DESDE MADRID

## CRÓNICAS

CELEBRACIÓN DEL CONCURSO DE MARRAS...

Pues señor... Han de saber ustedes que ya se celebró el original concurso de feos que anuncié en mi anterior crónica.

Ello fué en una de las pasadas noches y hasta el temporal reinante (como diría un escritor folletinesco) contribuyó á la mayor lucidez de la fiesta, pues llovía tanto, por lo menos, como cuando enterraron á Zafra (1).

Con objeto de que los concursantes pudieran trasladarse de su domicilio al local de *autos*, sin miedo á ser apedreados y á alterar, por lo tanto, el orden público, el Jurado, de acuerdo con el gobierno, dispuso que el acto diera principio á las dos de la mañana, hora en que los feos pasan desapercibidos.

No puedo calcular el número aproximado de los asistentes á la fiesta, sólo sé que el salón llenóse por completo y que una hora después de abrir sus puertas comenzaron á presentarse ante el Jurado los que se creían merecedores de los premios; consistentes en un billete de cien pesetas, una bellísima careta, una nariz de forma *cuasi griega*, una navaja de afeitar, tarros de crema para el cutis, cajas de polvos de varias marcas, frascos de esencias y diplomas.

Ya los jueces estaban decididos á conceder el primer premio á una *preciosa* fea, oriunda de Asturias, con la cara orlada de pecas virolosas, la nariz contraída y las orejas del tamaño de bocinas de fonógrafo, cuando presentóse en la palestra una nueva competidora.

Verla y exhalar todas las bocas un ¡ay! de admiración fué todo uno. Era una pobre señora sobre quien la Naturaleza había derramado todas sus imperfecciones. Bajita, flaca como bolsillo de cesante, de pies y manos enormes y de cabeza monstruosa sobre la que llevaba un pequeño sombrero; era, en fin, una especie de alfiler de cabeza gorda. Aun los espectadores no habían tenido tiempo de reponerse, cuando la poseedora de tales dones, sin envanecerse por el efecto causado, llevóse las manos á la cabeza y despojóse de lo que postizo llevaba; peluca, la dentadura y ¡el ojo izquierdo!

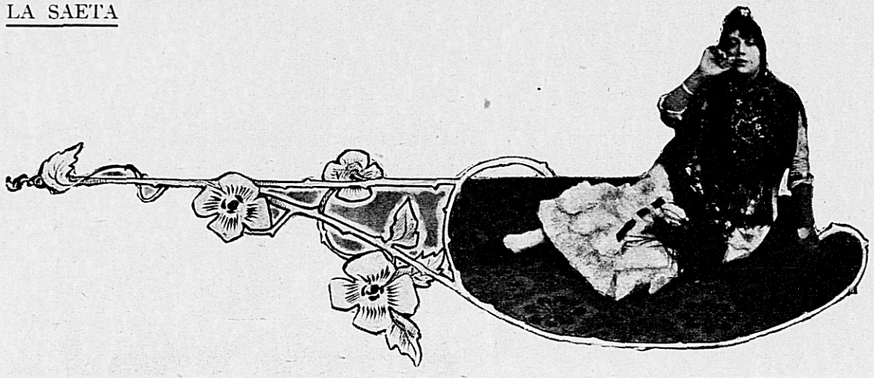
Su triunfo fué completo, extraordinario. Muchos huyeron despavoridos, otros se desmayaron y el resto pidió, con grandes gritos, que le otorgaran todos los premios y que se la entregaran diplomas en blanco para que ella los repartiera entre su distinguida al par que horrorosa familia, (á no dudar).

El Jurado accedió á tan *justa* petición y á reglón seguido suplicaron á la sin par concursante que se retirara para evitar el contacto.

Por cierto que este resultado ha ocasionado el desequilibrio de más de una cabeza, pues muchas personas que se tenían por modelos de fealdad (y que efectivamente tienen poco que agradecer á Dios) no fueron admitidos al concurso, y desde entonces van por ahí presumiendo de guapos.

MANUEL MARTÍN CARRASCAL

(1) Esta cita la hago por referencias.



# El polvillo del tabaco

A mi amigo Emilio Ferrando

Nadie mejor que Juan podía estar en el secreto de tan misteriosa historia; nadie mejor que él, y sin embargo á él se le presentaba el asunto rodeado de la aureola del misterio como á nadie del pueblo. Por eso cada vez que llegaban á sus oídos intencionados cuchicheos, chirigotas mal sonantes y demás cabildeos con que el vulgo solía amasar la velada historia, se hacía todo oídos, se deshacía de impaciencia y se consumía de curiosidad, aguzando de tal manera los cinco sentidos que Dios le había dado, que frase suelta que sobre el asunto oía y hasta los gestos y ademanes con que eran éstas acompañadas se le quedaban grabadas como de fuego en su propia alma. El pobre Juan, picado por la curiosidad, hacía esfuerzos inauditos para exprimir y sacar de todo lo que al vuelo pescaba, el más pequeño indicio de luz. El varias veces lo había jurado: ó se enteraba de todo ello antes de cuatro días ó dejaba de ser quien era. Y no juró en vano. Juan lo supo todo, absolutamente todo: se trataba, según él, de un atrevido trovador, que aprovechando la felicísima ocasión de encontrarse el señorito de Juan en una quinta, algo distante, suplía las veces de aquél con su cara mitad, jamona que frisaría en los treinta abriles, tan esbelta y angelical que según el decir de las gentes daba el opio á cualquiera. Aquellos ojazos de cielo, aquella cabecita de cabellos de oro y sobre todo aquel privilegiado cuerpo de formas esculturales y correctas de diosa griega, seducían de tal manera y con tan bárbara fuerza que se presagiaba ya desde hacía mucho tiempo un *choque* de esta naturaleza.



El exceso de comodidad es á veces causa de magníficas enseñanzas

El *choque* tuvo lugar como todos los de la ley y con tan gran estrépito que llegó su eco á oídos de media comarca.

Y produjo, como es natural, su consiguiente *víctima:* ésta fué el pobre señor Matías, esposo de la jamona de referencia que, desconocedor en absoluto de lo que ocurría con toda la candidez y mansedumbre de un corderito que empiezan apuntarle las *defensas,* paseábase insensible por su quinta, aspirando con fruición los aires vivificantes de aquellos campos.

El afortunado galán no se sabía quién era Hasta Juan mismo, que había sido el único testigo ocular, no se podía dar cuenta exacta de quién era ni quién podría ser.





Las coupletistas Amanti, cantando «El Moscordón»

¿Será el señor Fulano? ¿Será el señor Zutano? se preguntaba á cada momento, y mientras semejantes preguntas se hacía las gallardas figuras del Zutano y del Fulano daban mil y mil vueltas por su imaginación loca y febril como nunca cual dos consumados calaveras, permitiéndose con su simpática señorita ciertas libertades ó *exclavitudes* que sublevaban su sangre en grandes oleadas que encendían su rostro.

Juan quiso, una vez que se encontraba en antecedentes de todo ello, llegar, sea como fuera, al fin de tan espinosa empresa, es decir, conocer ahora con todos los pelos y señales al caballerete, mancillador de aquella santa mansión, y lo supo, ¿que cómo lo supo? pues de la manera más ruidosa que puede darse. Juan pensó una trama y la puso en práctica con tanta habilidad y buena fortuna que el tenorio de marras cayó en el lazo, lanzando sus quejas al viento cual la codorniz sencilla de que nos habla el fabulista.

Juan se precipitó á la caída de la tarde (hora que según él caería otra cosa también) á casa de sus señoritos y aprovechando la ocasión de encontrarse la puerta de la habitación medio entornada y su encantadora señorita en su coquetuelo tocador dando la última mano á su *toilette,* se escondió sin ser visto debajo de la cama de sus amos esperando el suspirado momento. No tuvo que aguardar gran cosa, á los pocos instantes entraba un señorito, alto, fornido y elegante, en el que quiso ver Juan al señor Lucas, boticario del pueblo, tan simpático como calavera y que constituía el terror de madres y la alarma de esposos. A Juan le dió un salto el corazón y tragando bilis de coraje aguardó...

El boticario sentóse en un lujoso diván junto con su candorosa palomita, y después de las ardientes caricias que mutuamente se prodigaron y que yo por pudor me callo, se dirigieron unidos en apretado abrazo al santo y mudo lugar del sacrificio... pero ¡aquí fué troya! Juan no pudo contener su desenfrenada cólera, y, loco, fuera de sí, se abalanzó sobre el señor Lucas, descargando sobre su hocico tal serie de puñetazos que le dejó medio tonto. A los gritos del pobre boticario acudió todo el vecindario, que invadió rápidamente todas las dependencias de la casa, temiendo algo grave.

. . . . . .

Nadie absolutamente, ha sacado en limpio lo de los gritos. Los protagonistas de aquel trágico-sainete-amoroso, temiendo sin duda ser víctimas de la ira popular y aprovechando la confusión

y algarabía que reinaba en aquel momento, pusieron pies en polvorosa sin ser vistos por aquella turba infernal que invadió la casa. Lo que sí se ha sabido más tarde es que el señor Lucas guardó cama por espacio de un mes y que al interrogarle un íntimo suyo respecto al origen de aquella hinchazón de labios, contestó entre grave y afligido que fué resultas de una breva que quiso fumarse y que le resultó malísima. A lo que añadió su compañero, con no poca picardía:

—¡Ah, vamos! Te pegó mal el polvillo... del tabaco.

E. Bernabén TORREGOSA

## ¡Con franqueza!...

A don A. Pérez Rodríguez
que en La Saeta pasada
formuló cierta pregunta
al director de esta casa,
por su mandato, contesto
en forma concisa y clara,
dejando que don Joaquín
no interceda en esta plática,
pues no es propia de personas
que cual él, ya peinan canas...
Dice usted que le *resultan*
las mujeres catalanas,
y que son cuando se tercia
muy castizas, y muy majas
y muy amantes de todo,
de todo lo que nos falta...
Pero, tate, amigo mío,
hay que tratarlas con calma,
hay que conocerlas mucho,
hay que saber *dominarlas*,
porque tienen un carácter
irascible, y si se enfadan
no hay nadie que las sujete
y ni por nadie se ablandan.
Mas, si logras que te quieran,
si logras llenar su alma,
lo mismo que un corderito
acude á donde la llaman.
Muy amiga de lo *suyo*,
muy amante de su casa,
muy celosa, muy altiva
y muy... muy... *desarrollada*...
Es la opinión que he formado
de las hembras catalanas.
¿Que la mujer madrileña
tiene más chispa y más gracia?
¡Vamos hombre! que se callen.
Donde están las *menestralas*,
donde están las modistillas
de esta tierra catalana,
hay que quitarse el sombrero,
limpiarse luego la baba
y exclamar con voz potente:
—¡Que me busquen en la Rambla,
para ver las *once mil*
de que las crónicas hablan...!
Hago punto y me retiro,
pero suplico una gracia:
Si usted cree que le he engañado
y duda de mis palabras,
¡y me llama Nozaleda,
yo le llamaré á usted Maura...!

J. Enrique Dotres







... Le diré que escriba menos... pero que mande fondos

## Bibliografía

Bajo la dirección del distinguido escritor don Juan Cuesta, y con la colaboración de ilustrados literatos, ha empezado á publicar la casa editorial de los señores Bailly-Bailliere é Hijos una preciosa *Colección de Cuentos, Frases y Refranes en acción* que constará de cuatro tomos. Dos son los que acaban de publicarse y que tenemos á la vista.

Precio, una peseta cincuenta céntimos ejemplar.

## Almanaque parisiense

Hemos recibido el Almanaque parisiense para 1904, que la casa Grimault y C.ª ofrece anualmente á su numerosa clientela.


# LA SAETA

SEMANARIO ILUSTRADO

**Toda la correspondencia al Administrador D. ROMÁN GIL.**

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

**PROVENZA, 266 BARCELONA**

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

| | |
|---|---|
| España y Portugal, semestre | 6 pesetas |
| Año | 11 » |
| Extranjero y ultramar, un año | 17 » |

Número corriente 20 céntimos.

Número atrasado, 30 céntimos.

**No se admiten suscripciones por menos de seis meses en España y un año en el Extranjero. Las suscripciones empiezan el primero de cada mes.—Pago adelantado.**


# ALMANAQUE DE "LA SAETA"

Ponemos en conocimiento de nuestros lectores que ya hemos terminado la reimpresión del magnífico -

## ALMANAQUE DE "LA SAETA"

Los señores corresponsales á quienes no hemos podido complacer sirviéndoles la segunda remesa, pueden desde luego indicar el número de ejemplares que le hemos de remitir.

A pesar de los gastos que nos ha obligado á hacer la reimpresión del

## ALMANAQUE DE "LA SAETA"

no hemos querido omitir detalle alguno para que esta SEGUNDA EDICIÓN resulte á la altura de la primera.

**Precio una peseta**


SANTAL MIDY

Inofensivo, suprime el Copáiba, la Cubeba y las inyecciones. Cura los flujos en

**48 HORAS**

Muy eficáz en las enfermedades de la vejiga; Cistitis del cuello, Catarro de la vejiga, Hematuria. Cada Cápsula lleva el nombre MIDY

*PARIS, 8, rue Violenne*, y en las principales Farmacias.


Imprenta de Antonio Virgili en Cta. — Rosellón, 208


PROVENZA, 266 BARCELONA — ROMÁN GIL-EDITOR — PROVENZA, 266 BARCELONA

## Catálogo de las obras publicadas por esta Casa

### Á REAL EL CUADERNO

Dramas del Santo Oficio, novela histórica original de don Alfredo Román de Luna.—Ilustrada con riquísimas cromolitografías.—Consta de 52 cuadernos, formando 2 tomos.

¡Viva España! Historia popular de las guerras de Cuba y Filipinas, por E. Rodríguez Solís.—Ilustrada con riquísimas cromolitografías.—Consta de 84 cuadernos, formando 2 tomos.

Luchas Supremas ó Nobleza contra Infamia. Historia de la guerra con los Estados Unidos, original de D. Victoriano Reinosa de León. (Continuación de ¡Viva España!) Ilustrada con riquísimas cromolitografías. — Consta de 60 cuadernos, formando 2 tomos.

El Secreto de la Muerte, novela original de Álvaro Carrillo —Ilustrada con oleografías.—Consta de 52 cuadernos, formando 2 tomos.

Miserias Humanas ó Pedazos de la Realidad, novela original de D. Eleuterio Ruilop.—Ilustraciones del reputado artista D. Manuel Picolo.—Consta de 60 cuadernos, formando 2 tomos.

### Á 2 REALES CUADERNO

Historia de la Revolución Española desde la Guerra de la Independencia á la Restauración, por D. Vicente Blasco Ibáñez, con un epílogo de D. Francisco Pi y Margall.—Segunda edición corregida y aumentada—Ilustrada con fototipias, fotolitografías é infinidad de retratos—Consta de 108 cuadernos, formando 3 tomos.

Historia crítica de la Restauración borbónica en España (Veinticinco años de historia contemporánea), por Don Emilio J. M. Nogués, con un prólogo de D. Enrique Vera González. (Segunda parte de la Revolución Española).—Obra ilustrada con profusión de oleografías aparte del texto.—Consta de 116 cuadernos, formando 3 tomos.

Los Guerrilleros de 1808. Historia popular de la Guerra de la Independencia, por D. E. Rodríguez Solís.—Segunda edición notablemente corregida y aumentada.—Ilustrada con magníficas oleografías á doce ó más colores.—Consta de 56 cuadernos, formando 2 tomos.

Glorias Republicanas (americanas y españolas), por A. Sánchez Pérez.—Ilustrada con oleografías y retratos de celebridades.—Glorias republicanas (americanas y españolas) es, ante todo y sobre todo, libro de propaganda, y en este concepto y con esa tendencia lo escribió el antiguo compañero de Robert y de Luis Rivera en el inolvidable *Gil Blas*.-Consta de 100 cuadernos, formando 3 tomos.

Los Mártires del Trabajo, novela filosófica social por D. Vicente E. Miquel, abogado.-Ilustrada con grabados aparte del texto.—Consta de 20 cuadernos, formando 1 tomo.

La Casa del Crimen, novela de costumbres escrita por Alvaro Carrillo.—Ilustrada con grabados.—Consta de 43 cuadernos, formando 2 tomos.

Conflictos entre la Razón y el Dogma (Memorias íntimas de un librepensador), por H. Ardieta.—Consta de 50 cuadernos, formando 2 tomos.

### A 6 REALES TOMO

Maravillas de la Fotografía y la Electricidad, Cinematógrafo, Teléfono y Radiógrafo.

Diccionario manual de las falsificaciones en los principales productos alimenticios.

A través de los cielos.—Astronomía al alcance de todos.

La Muerta Viva ó El Sepulcro Misterioso, por Leandro García Merino.—Forma esta interesantísima novela un voluminoso tomo de 492 páginas en 4.º, con magnífica cubierta al cromo y 20 preciosas láminas en color.—Precio 4 ptas.

### NOVELAS ILUSTRADAS Á 2 REALES TOMO

Zazá, Mimí y C.ª
Enrique de Lagardère ó El Jorobado.

Los Huérfanos del Puente de Nuestra Señora.
El Tenorio de Belchiche.

Corpus de Sangre ó Expiación.
Entre Niñas y Brigadieres

La Choza de Tom ó El Martirio de los Negros.
Lulú.

### BIBLIOTECA ECONÓMICA Á 20 CÉNTIMOS TOMO

La Plegaria de Amor.
La Hija de la Muerta.
El Mártir de su culpa.
Corazón de Madre.
La Caridad de un Angel.
Abandonada en el Mundo.

Calvario de Amor.
Mal Padre y Buena Hija.
Corazón en la Mano.
El Suplicio de una Mujer
El Perdón del Marino.
Lágrimas de Hielo.
El Rey de Imerecia.

El Cuento de María.
Andrajos y Diamantes.
Enriqueta.
Un Mozo aprovechado o La Orfandad por Herencia.
La Cruz del Monte.
Equivocación fatal.

Mujer y Angel.
Flores del Alma (2.ª parte de Mujer y Angel).
El Recuerdo de Gloria.
El Sueño del Artista.
Pobreza y Virtud.

### SECCIÓN CIENTÍFICO-RECREATIVA Á 20 CÉNTIMOS TOMO

Esta interesantísima Biblioteca la forman cuarenta tomos con cubierta y láminas al cromo, en los que, por series, se refieren, por el Capitán Warthon, en forma novelesca y amena, aventuras extraordinarias y viajes peligrosos po las cinco partes del mundo.

Serie 1.ª—Tres Españoles en Australia (4 tomos).
» 2.ª—Los Náufragos de «El Elthen» (5 id.)
» 3.ª—Los Hijos del marino Crammer (6 id.)
» 4.ª—Aventuras de una Mujer en California (6 id.)
Serie 5.ª—Los Misterios del África (5 tomos).
» 6.ª—Un drama en un Globo (4 id).
» 7.ª—La Vuelta al Mundo en Bicicleta (10 id.)

### ACTUALIDADES

Viajes al país de los Boers, por el capitán holandés Von de la Roc.—Esta interesantísima obra, en la que se hace un acabado estudio del Transvaal, de su historia, usos y costumbres, y se sigue paso á paso la última campaña anglo-boer, se publica por cuadernos de 32 páginas y profusión de grabados intercalados en el texto.—El precio de cada cuaderno es de 20 céntimos.

El Paludismo, por A. Gil y Morte, Catedrático de la Facultad de Medicina de Valencia.—Precio: 1 peseta.

Los pedidos de estas obras para provincias, á D. ROMÁN GIL, PROVENZA, 266, bajos.-BARCELONA.
En Madrid: D. Gregorio Pueyo, Mesonero Romanos, 10, librería.